

DIFERENCIACIÓN Y RECONOCIMIENTO MUTUO EN LO INTERGENÉRICO: CHODOROW Y JESSICA BENJAMÍN

Ignacio Dobles Oropeza*

Resumen

Se discuten y comparan los aportes de Jessica Benjamín y Nancy Chodorow a la comprensión de las relaciones intergenéricas en el marco del poder patriarcal, y su uso del marco discursivo psicoanalítico. Los aportes de ambas autoras son discutidos en relación con las elaboraciones freudianas y en sus contribuciones a una vertiente psicoanalista feminista, enfatizando que mientras Jessica Benjamín plantea una propuesta que busca establecer relaciones entre lo interpersonal y lo intrapsíquico, discutiendo la ardua tarea del reconocimiento mutuo, Chodorow, cuyo aporte ha tenido una enorme influencia, se mueve más en el marco interpersonal.

Introducción

En el cuento *El mensaje*, la escritora brasileña Clarice Lispector nos presenta la inquietante búsqueda de un terreno común, transgenérico, de un par de adolescentes. El relato se ubica en un contexto de transición, de desplazamiento, ya que no sólo se están movilizando del colegio a sus casas, sino que es el último día de clases, y, de alguna manera, se están desplazando hacia lo que será el resto de sus vidas.

La primera parte es de búsqueda, de transgresiones de lo socialmente establecido como masculino y femenino; es, además, tanteo, en los frágiles andamios del lenguaje y de los afectos, para buscar un terreno común que les permita trascender lo ya establecido, y ubicarse en la creatividad.: “*Como si fuesen homosexuales de sexo opuesto, imposibilitados de unir las dos desgracias en una sola. Solamente estaban de acuerdo en el único punto que los unía: el error*

que había en el mundo y la tácita certeza de que, si no lo salvaban, serían unos traidores” (Lispector, 1994,146)

En su trajinar, sin embargo, los jóvenes se encuentran con una vieja casa, cautivante, inevitable, omnipresente, que marca el regreso a los linderos claramente establecidos por la sociedad para los géneros. Así, la búsqueda se convierte en sencilla adaptación a lo prescrito y la tensión desvanece, aunque al final la autora apunte a la inevitable dependencia y fragilidad de lo masculino.

En el relato de Lispector, como en otras producciones de esta excepcional autora, se plantea el candente tema del encuentro o el desencuentro genérico, la posibilidad, con los instrumentos gastados ofrecidos por la cultura, *del reconocimiento mutuo*, afirmando una tensión creadora que no es capaz de mantenerse ante el reencuentro con la bien afianzada estructura patriarcal.

Al escribir esto, en esa peculiar articulación estética y literaria que ha cautivado a escritoras feministas como Cisoux (1997), Lispector retoma temas que han sido cruciales para la teorización feminista que ha buscado, de una u otra manera, afianzarse en el psicoanálisis, poniéndolo

* Escuela de Psicología.
Universidad de Costa Rica

a disposición del feminismo para tratar la problemática de la falta de equidad y la dominación de género.

En lo que sigue me interesa discutir los aportes de dos autoras, estadounidenses, que de una u otra forma han echado mano de la teoría de las relaciones objetales psicoanalítica para abordar los problemas genéricos. Esta tradición ha enfatizado de una manera más clara que la tendencia dominante europea, sobre todo francesa, los problemas de las *prácticas sociales* y sus consecuentes formas de dominación (por ejemplo al abordar el tema de la maternidad, o mejor dicho, las pautas y prescripciones culturales de la crianza de niños y niñas)¹.

También se ha caracterizado por privilegiar en mayor grado la problemática de la relación de la niña con su madre, es decir, esa situación peculiar *preedípica* que Freud llegó a “descubrir” con sorpresa a mediados de los años veinte (Freud, 1997)

En lo que sigue, pretendo discutir, en particular, los aportes de la autora estadounidense Jessica Benjamín, esbozados en sus libros **Los Lazos del Amor** y su colección de ensayos **Sujetos Iguales, objetos de amor**, estableciendo comparaciones y relaciones el aporte de Nancy Chodorow, que ha sido referencia importante para el pensamiento feminista estadounidense inspirado en el psicoanálisis. Intento discutir de que manera los alcances y limitaciones de sus esbozos de los problemas de diferenciación y de reconocimiento que tanta angustia creó a los jóvenes personajes de Clarice Lispector, efectuando una discusión crítica de este acercamiento a la tradición psicoanalítica, que constituye el “universo discursivo” en que se ubican.

Desarrollar esta temática teniendo a la teoría psicoanalítica como referente implica afrontar el tema de la diferenciación sexual y la

subordinación de la mujer en los escritos de Freud, lo que lleva a tratar de manera preferencial la situación edípica y el problemático concepto de “*envidia del pene*”.

Freud enfatizaba el necesario tránsito de la niña de una actividad sexual “*masculina*” a la actividad *pasiva* propia de la “*feminidad normal*” lo que implicaba subrayar la subordinación femenina. Esto no se le escapa a sus primeros contrincantes en el propio campo femenino, como Karen Horney, que interpretaba la “*envidia del pene*” no como resultante de las carencias femeninas sino de sus deseos heterosexuales. Tampoco a Ernst Jones, con su propuesta de la *afánisis* como aspecto psicosexual central, o a Melanie Klein (Appignanesi y Forrester, 1992)

Por otro lado, el “*retorno a Freud*” que emprendieron algunas autoras feministas en los años setenta y ochentas al sentir la necesidad de apropiarse para sus propios fines de la teoría psicológica que con mayor profundidad había trabajado el asunto de la subjetividad y la dominación, implicaba vérselas con un espinoso legado que tendría que ser reformulado para que no apuntalara, más bien, al orden patriarcal. Lo que parecía ser *natural* para Freud: la subordinación femenina producto de la carencia de pene, tenía que ser reinterpretado, como plantea Chodorow (1978), en términos de las *relaciones* y *las estructuras sociales*. Había que combatir, necesariamente la “*tendencia naturalizante*” que Benjamín identifica en la obra de Freud (Benjamín, 1997)

Hay que explicar, entonces, la diferenciación sexual y la subordinación de lo femenino, que, como ya he esbozado, estaba condicionado para Freud por el hecho de poseer o no poseer pene: “*la diferencia morfológica ha de manifestarse en variantes del desarrollo psíquico*”. (Freud, 1997, 2750)

1 Joan Scott las compara de la siguiente manera: “Los teóricos de las relaciones-objeto hacen hincapié en la experiencia real (el niño ve, oye, se relaciona con quienes cuidan de él, en particular, por supuesto, con sus padres), mientras que los postestructuralistas rechazan la función central del lenguaje en la comunicación, interpretación y representación del género” Scott, J. “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en Lamas, M. (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México: Grupo Editorial Miguel Ángel P., 1996, p.280.

Roles parentales y diferenciación de género: la visión de Chodorow

Chodorow señala que el niño, como el personaje del cuento de Lispector, define su masculinidad en forma reactiva. El niño: “*Define negativamente la masculinidad, como lo que no es*

femenino ni /o conectado con las mujeres, no se define positivamente". (1984, 259)

Para esta autora lo fundamental, como variable explicativa de la diferenciación sexual y la subordinación femenina, está en los roles sociales y no en la anatomía, y, particularmente, en los papeles asumidos social y culturalmente por hombres y mujeres en los procesos de crianza y cuidado de los hijos. *!Cambia las responsabilidades en la crianza y el cuidado y cambiarás el mundo!* Parece ser el mensaje de Chodorow y las autoras que han seguido su línea.

Chodorow critica los planteamientos de Freud, ya que el desprecio a las madres (a lo femenino) es explicado por éste sobre la base de la castración de la madre: *"No considera que la experiencia social medie en esta percepción ni que hagan falta más explicaciones"* (Chodorow, 1984, 269)

Discierne la distribución de roles parentales en la sociedad como la fuente de la diferenciación y la subordinación de géneros, diferenciando la identificación personal privilegiada en niñas de la *identificación posicional* prevaleciente en los niños. Los roles sociales son aprendidos en forma *continua* por las niñas en su relación con las madres mientras que el tema del *"padre ausente"* aparece en un aprendizaje de roles por parte del niño en una relación *discontinua* con la figura paterna.

Las niñas son socializadas en su *"rol femenino"* en la cotidianidad, y el aprendizaje de estos roles no implica, como en el caso de los niños, la negación de la relación afectiva con la madre. La socialización es diferente: *"Los procesos de identificación masculina dan énfasis a la diferenciación de los otros, a la negación de la relación afectiva y a los elementos categóricamente universales del rol masculino. Los procesos de identificación femenina son relacionales, mientras que los masculinos propenden a negar las relaciones"* (Chodorow, 1984, 261).

Es precisamente esta diferencia la que retomará posteriormente Gilligan, para postular, en el campo del desarrollo moral, la existencia y pertinencia de las *"voces diferentes"*: una moralidad abstracta, *"masculina"*, desconectada de las relaciones, y una moralidad *"conectada"*, femenina, que privilegia el *"cuidado"* del otro más

que la aplicación de leyes o principios morales abstractos. (Gilligan, 1985)

Existe entonces un trasfondo de distribución social y cultural de roles: se escinde lo privado y lo público: a los hombres se les tiende a definir en términos universalizados y ocupacionales, a las mujeres en términos particulares y delimitados en la esfera familiar: esposas, madres. Hay una preponderancia de lo masculino, no definido por las diferencias sexuales biológicas, sino por los arreglos sociales: *"Aunque los padres no importan tanto como la madre en la interacción cotidiana, las madres y los niños a menudo los idealizan y les dan primacía ideológica"* (Chodorow, 1984, 267) Mientras que la socialización femenina transcurre con *"naturalidad"* y continuidad, la socialización en lo masculino, con su énfasis en el mundo externo, implica el rechazo a lo femenino, que remite a lo privado, a lo afectivo, y en última instancia a la dependencia. Como ya he señalado, y como se ha hecho ya moneda corriente en la teorización sobre lo masculino, la idea es que la masculinidad se construye en forma *"reactiva"*: *"La dependencia de su madre, el apego a ella, la identificación con ella representan lo que no es masculino; el niño debe rechazar la dependencia y negar el apego y la identificación"* (Chodorow, 1984, 268)

Sin embargo, como en el personaje masculino de *El Mensaje*, este posicionamiento del niño ante lo materno y lo femenino es ambivalente, como no se cansan de señalarlo las autoras feministas: por un lado se denigra y se rebaja a la mujer, pero por otro lado se glorifica y se pone casi en el lugar de lo sagrado.

Para explicar este proceso, Chodorow se remite a la discusión de la situación edípica, sin diferenciar mucho su interpretación de la versión del mismo Freud, quien había señalado que mientras los niños mantenían su objeto de amor (la madre) durante la etapa edípica, las niñas tenían que efectuar un cambio brusco, lo que llevó a Freud a preguntarse que es lo que definía este *"giro hacia el padre"*. A mediados de los años veinte del siglo pasado Freud descubría, con sorpresa, que en las mujeres persistía, con gran fuerza (según se evidenciaba en sus pesquisas clínicas) el peso de la relación preedípica con la madre. Dirá Chodorow: *"Las niñas propenden a no efectuar*

una transferencia total de afecto a su padre y a permanecer comprometidas con su madre: así oscilan emocionalmente entre madre y padre”,²

Para el niño, la unidad o la fusión con la madre resultará “seductora” pero a la vez amenazante, en tanto implica la “pérdida de sí mismo” (aparece así el tema, muy presente de la madre o mujer “peligrosa”) Por otro lado, como lo demuestran los estudios de Margaret Mahler, implica la herida narcisista infligida por el hecho de que la madre no está a completa disposición de “su majestad el bebé”. Chodorow, sin embargo, parece estar atrapada en las consideraciones acerca de la separación-individuación/dependencia que trasciende luego Benjamín con su noción del “reconocimiento mutuo”.

Mientras que el hombre, en la relación sexual, logra en el coito la experiencia anhelada de “refusión con la madre”, la mujer no puede capturar esa experiencia de “fusión” y su posicionamiento en la relación sexual es dual, se identifica con el hombre y por otro lado se “convierte” en madre.

Siguiendo a Freud, Chodorow plantea una resolución más diferida de la situación edípica en las niñas, que crecen así más preocupadas por las relaciones objetales, mientras que los niños **reprimen** las necesidades de amor y de relaciones. Escribe Chodorow: “*Mi descripción consiste en que las mujeres tienen un mundo interior más rico y continuo donde apoyarse y que los hombres no les importan con la intensidad y exclusividad con que ellas les importan a los hombres*” (Chodorow, 1984, 291). Como llegó a descubrir Freud, la madre sigue siendo un objeto primario de la niña, y, por lo tanto, señala Chodorow, las relaciones heterosexuales de la mujer no son de tipo exclusivo. Sus necesidades relacionales no se satisfacen con una relación exclusiva con un hombre. Si el lema femenino es la *conexión*, la *interdependencia*, el masculino sería el de la *distancia*, sobre todo ante lo femenino, y Chodorow llega a identificar, socialmente, la existencia de una: “*colusión masculina para mantener distancia ante mujeres*” (Chodorow, 1984, 295).

Es la *maternidad* lo que viene a llenar esta necesidad “*triangular*” femenina, según Chodorow: “*El tener un hijo recrea la deseada exclusividad madre-niño en la mujer y la interrumpe en el hombre, tal como el padre del hombre interrumpió-actuó como un intruso- la relación de ese hombre con su madre*” (Chodorow, 1984, 295) Es en el ejercicio del rol parental, de cuidado primario, donde identifica el problema central de la diferenciación de género, por la división entre lo público-masculino y lo privado-femenino ya mencionado. El trabajo de esta autora, junto con el de Dinnerstein (1976), dio sin duda un gran impulso a la lucha por la equidad en las “*tareas domésticas*” la meta de que esta equidad lograra cambios sociales y culturales sustanciales en la conformación de la identidad genérica.

Jessica Benjamín, por su parte, plantea una perspectiva que enlaza, en tensión, la dimensión *intrapsíquica* privilegiada por el psicoanálisis con la dimensión *intersubjetiva* privilegiada por Chodorow y por quienes enmarcan la discusión sobre género en función exclusiva de los roles sociales. Esto hace que para Benjamín, una propuesta como la de Chodorow, que se afianza casi exclusivamente en la dimensión interpersonal sea insuficiente. ¿Cómo explicar, por ejemplo, que incluso en hogares en que se han cambiado sustancialmente los roles parentales aparezca el imaginario del “*hombre heroico*”, como “*héroe cultural*”?

¿Cómo, por otro lado, lidiar con todas las contradicciones, desgarres, el papel de la fantasía, la agresión, etc., en una interpretación que se salga de los moldes de una “*identidad genérica*” definida por estrictos parámetros binarios y que implican necesariamente unicidad?. Para esto es necesario, evidentemente, poner en juego otros elementos analíticos y “*complejizar*” la discusión como lo hace Benjamín, que discutiremos a continuación.

Scott (1996) añade la crítica de que Chodorow tiende a restringir la discusión cultural sobre género al ámbito más “*micro*” de la familia y coloca a lo simbólico y al lenguaje en un lugar muy secundario. Flax (1995) comparte la observación de que Chodorow no sitúa adecuadamente la maternidad y la crianza de los hijos en un contexto político, económico y social, y añade que no explora la especificidad de clase (o de raza) en la crianza de los hijos.

2 Chodorow cita a Balint: “*Esta tendencia primaria, me amarán siempre, en todas partes, de todas las maneras. A todo mi cuerpo, a todo mi ser-sin ninguna crítica, sin el menor esfuerzo de parte mía, es la finalidad última de toda lucha erótica*”. P. 286.

No obstante lo anterior, Chodorow, que diez años antes que Benjamín se convertía en una de las pioneras en establecer un puente entre feminismo y la perspectiva psicoanalítica, tuvo una influencia importante tanto en la agenda de lucha del movimiento de la mujer como en el desarrollo de la teoría, para lo que tendríamos únicamente que citar a Gilligan como ejemplo.

Podríamos sintetizar su pensamiento con la siguiente afirmación, relacionada con la diferencia entre la experiencia masculina y la femenina: *“La mayor longitud y la distinta índole de su experiencia preedípica y su continua preocupación de los asuntos de este período, significan que la sensación de self de las mujeres es continua con los otros, y que retienen capacidades para la identificación primaria, cualidades ambas que les permiten la experiencia de la empatía y de la falta de sentido de la realidad indispensables para el cuidado del bebé. Estas cualidades están disminuidas en los hombres: la madre los ha tratado como opuestos, y el apego que una vez sintieron hacia ella está disminuido”* (Chodorow, 1984, 302) En el plano reivindicativo, social y político, me parece claro que lo que se desprende de la elaboración de Chodorow es la necesidad de hacer que los hombres sean *“más femeninos”*.

Sostener la tensión entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo: el aporte de Jessica Benjamín

Mientras que Chodorow hace su contribución en una década de *“despegue”* del movimiento feminista en Estados Unidos y Europa, el libro de Benjamín, *The Bonds of Love* (1988), aparece más bien en un clima cultural y político marcado por un *“backlash”* reaganiano en los Estados Unidos. Esto le otorga un valor político particular como respuesta (en parte) al *“Conservadurismo de género”* que la autora identifica y confronta en su obra. Benjamín busca evitar esencialismos, a la vez que deconstruye polaridades que han armado discursos de dominación genérica.

Las líneas de pensamiento de Benjamín se profundizan en *Sujetos iguales, objetos de amor* (1997), una colección de ensayos en que retoma

algunos de los temas que ocupan su atención en la obra anterior. Volvonich y Rodulfo han señalado que en el pensamiento de Benjamín encontramos una *“tendencia a la complejidad”* proponiendo el diálogo entre corrientes teóricas, que defiende tesis radicales, con una preocupación especial por cuestiones teóricas fundamentales. (Volvonich y Rodulfo, en Benjamín, 1997)

Benjamín se nutre de la Teoría de las relaciones objetales en Psicoanálisis, especialmente de Winnicott, de la crítica filosófica y social feminista, y de la investigación y teorización reciente acerca de la infancia temprana para articular sus discusiones, las que, además, tienen un sólido sustento filosófico, como lo demuestra en *The Bonds of Love*. En sus desarrollos posteriores hay un esfuerzo bastante explícito de incorporar en sus elaboraciones lo que denomina las elaboraciones *“feministas posmodernas”* sobre todo en su cuestionamiento de conceptos como la *“identidad genérica”* y todo lo que apunte a oposiciones binarias o a la búsqueda de una supuesta *“unicidad”*.

Hay que hacer notar que, al contrario de otras posturas *“posmodernas”*, no desecha categorías como el *“sí-mismo”* que no implicaría al sujeto autocognoscente racional de la Ilustración, sino un *“lugar de experiencia”*, como *“ser histórico que preserva su historia en el inconsciente”* (Benjamín, 1997, 46). Hay una apuesta clara a romper polaridades simplificadas y a apostar por la *multiplicidad* (de identidades, de identificaciones, etc.)

En un ensayo titulado *Reconocimiento y destrucción: un bosquejo de la intersubjetividad* la autora discute con mayor detenimiento su propuesta fundamental de una perspectiva que sostenga la *“tensión paradójica”* entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo. La dimensión intersubjetiva tiene que ver con el reconocimiento del otro no como objeto, sino como sujeto del deseo, como algo separado y equivalente, con un centro personal. Escribe Benjamín: *“el otro debe ser reconocido como otro sujeto para que el sí mismo experimente plenamente su subjetividad en presencia de ese otro”* (Benjamín, 1997, 62)

Me parece que esto, como ideal, es cercano a lo que persigue Chodorow al subrayar la necesidad de redefinir roles sociales parentales, de tal manera que se le reconozca a la mujer el status de *sujeto*. Sin embargo, plantearse esta

tarea sin vérselas con lo intrapsíquico, con las pulsiones, las agresiones, las fantasías, le parece a Benjamín un esfuerzo sumamente limitado. Es en este aspecto crucial en que hace uso de las paradojas señaladas por Hegel en la dialéctica amo/esclavo, para introducir su preocupación por el tema crucial de la dominación y sus concomitantes subjetivos. La independencia absoluta que persigue el amo en su autoconciencia choca irremediabilmente con la necesidad de reconocimiento que solo es posible con la existencia del otro, presentándose la disyuntiva de “afirmarse a sí mismo/reconocer al otro” que cuando colapsa lleva inevitablemente a la dominación (ya he planteado que tarea fundamental de Benjamín es *sostener* las tensiones, las paradojas) La paradoja fundamental consiste en que: “*en el momento mismo de realizar nuestra propia voluntad independiente, dependemos del otro que la reconozca*” (Benjamín, 1997,68).

Más que enmarcar sus preocupaciones teóricas en la disyuntiva evolutiva *dependencia/individuación* Benjamín identifica la problemática central en sostener, en tensión, las tareas de *autoafirmación* y *de reconocimiento del otro* a lo largo de toda la existencia. El sujeto cognoscente Hegeliano está atrapado en su *monologismo*. La salida de la paradoja sólo puede lograrse a través de la intersubjetividad, el *dialogismo*.

La búsqueda del *reconocimiento del otro* lleva a Benjamín a cuestionar decididamente la visión freudiana de una pasividad infantil. A lo largo de **The Bonds of Love** argumentará que los infantes son participantes activos en la interacción con su ambiente, que no son meros receptáculos de “*objetos*” que satisfacen sus pulsiones. En las dos obras citadas hay objeciones fundamentales a la categoría “*objeto*” tal y como considera la autora que ha sido usada y abusada en el Psicoanálisis, y se enfatiza el placer derivado de la “*entonación emocional*”³ que ha identificado en la infancia temprana Daniel Stern.

Ante visiones psicoanalíticas como las de Margaret Mahler, que insisten en que el desarrollo

implica un paso de la simbiosis a la separación, Benjamín se basa en los estudios de Stern para argumentar que el bebé **nunca** es totalmente simbiótico con la madre, quien tampoco es un sujeto pasivo en todo esto: “*La madre tiene que poder establecerle límites claros al niño y reconocer la voluntad de éste, insistir en su propia independencia y respetar la de la criatura, en síntesis, tiene que equilibrar la afirmación y el reconocimiento. Si no puede hacerlo, continúa la omnipotencia, atribuida a la madre o al sí mismo: en ninguno de ambos casos podemos decir que se ha promovido el desarrollo del reconocimiento mutuo* (Benjamín, 1997,68).

La matriz sociológica en que se mueve Chodorow es rebasada por Benjamín al poner en juego lo pulsional en las tareas de reconocimiento del otro, que, dada la independencia absoluta (omnipotencia) que busca el sujeto en su autoafirmación, siempre supondrán agresión frente al otro, aunque sea en la fantasía. Benjamín se basa en la discusión de Winnicott acerca de la agresividad y la destrucción que el niño (a) dirige a los padres. Para este psicoanalista es importante que la figura del padre o de la madre sean capaces de “*sobrevivir*” esta agresión del pequeño, demostrándole *así* que no pueden ser destruidos y de esta manera limitando la omnipotencia de “*su majestad el bebé*”.

Es claro para Benjamín que si la madre no es capaz de desplegar su propia subjetividad, (lo que no es asunto de mera “*voluntad*” sino de estructuras y pautas culturales y sociales, y una socialización previa) si no puede *así* afirmar su “*otredad*”, no será capaz de “*sobrevivir*” esta agresión, lo que tendrá serias consecuencias psicológicas para ella y para el infante.

La destrucción, según Winnicott, permite relacionarse con otro objetivamente existente fuera del sí mismo: “*Si sobrevive al ataque sin retaliamiento ni replegamiento, sabemos que existe fuera de nosotros mismos, no sólo como nuestro producto mental*”. (Benjamín, 1997,70)

La agresión crea *así*, según Winnicott, una “*cualidad de externalidad*”, pero si el otro no sobrevive la agresión la experiencia se convierte en una que es básicamente intrapsíquica (en esta concepción, siempre habrá internalización, pero cuando no se “*sobrevive*” la agresión la experiencia

3 Se trata de la capacidad de dos mentes de compartir sentimientos.

pasa en lo fundamental de ser interpersonal a ser intrapsíquica). El problema para Benjamín, una vez más, es la pérdida del tenso equilibrio entre lo *intersubjetivo* (realidad) y lo *intrasubjetivo* (fantasía): “Desde el punto de vista intersubjetivo toda fantasía es la negación del otro real, sea su contenido negativo o idealizado, así como, desde el punto de vista intrapsíquico, la realidad externa es simplemente lo internalizado como fantasía” (Benjamín, 1997, 75)

Es clave para su propuesta, bien afianzada en discusiones feministas, romper con la imagen pasiva del infante y también de la mujer, esa madre “idealizada”, “sacrificada” que está a “entera disposición de sus hijos”. Benjamín reivindica la existencia independiente de la madre. Postula que en la dinámica de separación-acercamiento estudiado por Mahler no se trata únicamente de establecer en el niño la “permanencia “del objeto” sino el reconocimiento de la madre como sujeto independiente, con sus propias metas y necesidades.. La madre, en relación con el infante, no es simplemente un espejo o una contención, sino que debe afianzar su propia subjetividad para fomentar el reconocimiento mutuo, “El niño disfruta una dosis de otredad”, (Benjamín, 1988,26)

La diferencia radica, en lo que se refiere a la relación primaria con la madre, en la distinción entre “estar con el otro” y “ser regulado” por el otro. En la segunda vertiente, el sí mismo es pasivo, espera ser contenido, y la actividad y capacidad de contención se atribuye exclusivamente al otro. En la visión de Benjamín, se presenta la posibilidad alternativa de “reconocimiento mutuo” desde el inicio de la vida, implicando actividad tanto de la madre como del infante.

En la introducción a *Sujetos iguales, objetos de amor*, la autora hace referencia a las críticas que suscitó este planteamiento de la posibilidad del “reconocimiento mutuo” esbozado en 1988, defendiéndose de la aseveración de que con esta formulación tenía propósitos *normativos*: “Mi argumentación no parte de un ideal normativo, sino de una posibilidad material. Lo que esperaba demostrar no era que los seres humanos necesariamente desarrollan esa capacidad, sino que podemos presuponer algunas aptitudes innatas para dicho desarrollo.... y que estas aptitudes han sido durante mucho tiempo

excluidas de la concepción freudiana del bebé” (Benjamín, 1997,53).

Desde los inicios del debate sobre la feminidad en el Psicoanálisis, los contendientes de Freud como Karen Horney, Melanie Klein y Ernst Jones antepusieron la figura de una mujer activa (heterosexual) o una madre “poderosa” al ser mutilado, *manqué*, cuyo destino era sellado por la castración. Esta es, por supuesto, la línea de argumentación esbozada desde diferentes posiciones desde un psicoanálisis que se define como feminista. La ambivalencia del hombre hacia lo femenino, ya mencionado en este trabajo, y más que evidente en las actuaciones del protagonista de *El mensaje* fue señalado en su momento por Karen Horney: “Este miedo puede ocultarse con desprecio o adoración: el desprecio repara la herida a la autoestima masculina, mientras que la adoración recubre el terror con reverencia y misterio” (Cit. En Benjamín, 1997. 109)

Aunque Benjamín reconoce que la modernidad ha diluido en algo el “misterio” asociado con la maternidad, que es la clave para este “*poderío femenino*” (a la carencia de pene le corresponde la incapacidad de engendrar) ésta sigue estando “*detrás de los portales*” de la Ilustración y condicionando situaciones. Interpreta la famosa introducción al *Malestar en la Cultura*, en que Freud discute el “*sentimiento oceánico*”, religioso, que le refiere Romain Rolland (Freud, 1997), no como la búsqueda del rescate del padre primordial sino el discernimiento del miedo a las “*profundidades maternas*” implícitas en el deseo de fusión.

El proceso de desarrollo implicaría la necesidad de separarse, de distanciarse de esa fusión, y esto se vuelve un aspecto crucial de la discusión de Benjamín, dado que el planteamiento usual psicoanalítico, de diferentes matices, implica lo masculino, lo paterno, o “*la ley paterna*” como el “*Caballero de armadura reluciente*” (Mahler) que efectúa el proceso de separación e individuación en la situación edípica y que conduce al “mundo externo. Este “*Padre edípico*” se convierte en objeto de contención teórica para Benjamín.

No basta, escribe la autora, intentar captar el proceso haciendo referencia exclusivamente a la problemática de los roles sociales, porque esto deja al margen “*la estructura de la heterosexualidad y su representación cultural*” (Benjamín, 1997, 112)

La psicoanalista francesa Janine Chasseguet-Smirgel es una figura recurrente en los escritos de Benjamín. Esta autora insiste en que la imagen inconsciente que tiene el infante de la madre no es la de un ser carenciado, débil, sino más bien de alguien con un poder extremo, con una “*vagina poderosa*” que puede “*tragarse al niño*”.

El pene se convertirá en factor de separación y de cambio no por una carencia materna sino por la fantasía del poder materno. El *Deus ex Machina* del padre con falo irrumpiendo en la escena edípica se ve así algo disminuido, pero sigue operando, siendo efectivo no por tener un pene sino por representar la libertad ante una “*madre poderosa*”. En este contexto, el problema no es la castración, sino el poder paterno, configurado, además, por una sociedad patriarcal. Benjamín interpreta la envidia del pene como: “*La expresión del esfuerzo de la niña de identificarse con el padre como una forma de establecer la separación que es amenazada por la identificación con la madre*” (Benjamín, 1988, 95).

El tema es entonces, el padre, y no el pene: “*Lo que llama Freud envidia del pene, a la orientación masculina de la pequeña niña, refleja en realidad el deseo de la niña de identificarse con el padre, percibido como representante del mundo externo*”⁴

Lo que objeta Benjamín de Chasseguet-Smirgel es su afirmación de que el padre (o lo paterno) sea el *único* camino hacia la individuación, y que el problema de la relación con la madre adquiera unilateralmente aspectos defensivos y hostiles, porque la búsqueda de la separación, de la individuación, no es solo una reacción ante la dependencia (que es el énfasis del planteamiento edípico) sino también expresión de “*amor ante el mundo*”.

La idea crucial de la *sobreinclusividad* aparece aquí, en tanto que el niño o la niña preedípica lo quiere *todo*: se identifica con la madre y con el padre, con lo masculino y con lo femenino. Ya

Melanie Klein había reconocido, en su momento, la necesidad del niño o de la niña de usar simbólicamente y de identificarse con los órganos y aptitudes de ambos progenitores. (Benjamín, 1997) Benjamín plantea que en la etapa preedípica: “*Ambos sexos son paralelos en su insistencia en serlo todo, en su elaboración de la complementaridad como constituida por opuestos contenidos en el interior del si-mismo y en su protesta vs. los límites*” (Benjamín, 1997, 93).

En un aspecto crucial de su formulación, postula que antes de llegar a la fase edípica se presentará una etapa de *rapprochement* (unión) marcada por la búsqueda del niño (a) de su status como *sujeto*, en que en el conflicto dependencia-independencia el niño y la niña quieren el reconocimiento de *ambos* padres, aunque quieren *ser como el padre* (el camino cultural al “*mundo externo*”). Se presenta así un nuevo tipo de amor “*el amor identificatorio*” que en el caso del niño es una amor homoerótico con el padre.⁵ Esto da lugar al prototipo del *amor ideal* en que una persona busca en la otra la imagen ideal de sí mismo.

En el caso de las niñas, se buscaría lo mismo: una identificación con el padre, que es el representante del mundo externo, como la persona que ayuda a la individuación, y que es simbolizada por sus genitales. Se presenta la *envidia* porque es un amor *identificatorio* que se impide.

El esquema dual polarizado implica una madre abarcadora que intenta “*tragarse*” al niño con el peligro de diluirse en este estado primario y un padre “*liberador*” que apunta a la individuación y al mundo externo. Lograr la individuación y la separación lleva entonces a sacrificar la identificación y la cercanía con la madre, y a repudiar el rol materno y la feminidad. El problema de este planteamiento, escribe Benjamín, es que *unilateraliza* su visión y de un proceso edípico en que se supone que se afirma la diferencia lo que emerge es una nueva omnipotencia y la diferencia convertida en *dominación*. Está de acuerdo con la visualización del Complejo de Edipo como una confrontación con la diferencia y los *límites* pero no como una confrontación con la

4 Benjamín, 1988, 100. En otra parte de la misma obra escribe: “*No es anatomía, sino la totalidad de la relación de una niña con su papá, en un contexto de polaridad sexual y responsabilidad desigual en la crianza de los niños, lo que explica la carencia percibida de la mujer*” (p. 86).

5 Benjamín se basa en la discusión del amor identificatorio que postula Freud en *Psicología de las masas y análisis del Yo*.

realidad que se hace contingente con un padre que encarna la diferencia y el Principio de la Realidad, asignándole a la madre un papel pasivo. Hace la observación de que: “*Las madres reales en nuestra cultura, para bien o para mal, dedican buena parte de su energía a promover la independencia*” (Benjamín, 1988,152)

Benjamín polemiza con Chasseget-Smirgel al destacar que no se trata de oponer unilateralmente un Superyo paterno a un yo ideal materno (preedípico) sino que hay que distinguir entre ideales maternos y paternos y superyos materno y paterno. Se trataría, entonces, de procesos simultáneos, y que en ambos terrenos, el materno y el paterno, se despliega el proceso de individuación y desarrollo, y la problemática de la autoafirmación/reconocimiento mutuo como tensión. Esto implica entonces que la madre es también un “*camino al mundo externo*” aunque quizás no al mundo que predomina culturalmente en la actualidad en Occidente.

El camino del repudio a lo femenino se establece en la situación edípica. El niño debe renunciar a la madre como objeto de amor, pero también debe renunciar a su identificación con ella. Ser femenino implica una peligrosa regresión, porque es asentarse en la dependencia y la vulnerabilidad, por lo que es contrarrestado por la denigración y el rechazo.

El niño “*saca*” a la madre de sí la coloca “*afuera*” para ser idealizada o rechazada. Con esto, en la contabilidad psíquica de Benjamín, paga un costo: pierde confianza en su “*espacio interno*” y se concentra en intentar conquistar el “*externo*”. El deseo es negado en tanto se considera propiedad del otro, no propio: “*La subjetividad sexual se transforma en estrategia defensiva, en intento de contrarrestar el atractivo poder que irradia del objeto*”(Benjamín, 1988,163) La autora califica con el sugestivo nombre de “*violación invertida*” el proceso mediante el cual se le “*roba*” al hombre el “*espacio interno*” ubicando lo femenino en el pedestal de lo sagrado o en el sótano de lo “*despreciado*”.

Se consume, así, la gran contradicción edípica, en que se consolida la diferencia entre uno y los otros, pero sin reconocer a la madre; la diferenciación entonces no sería para el Psicoanálisis balance, o tenso equilibrio, sino

únicamente logro de separación, convirtiéndose el niño en “*individuo*” con tan sólo separarse de la madre. Se pierde la posibilidad de una identificación diferenciada, más madura, con la madre. Lo femenino es negado, y todos pierden: “*El mismo falo que significa diferencia en realidad significa poder sobre y repudio de las mujeres*” (Benjamín, 1988, 168)

El límite edípico es claro: uno se identifica exclusivamente con el padre del mismo sexo.

La salida a esta concepción radica lleva a relativizar la importancia de la experiencia edípica en el desarrollo, oponiéndose a la concepción freudiana que lo caracteriza como el “*punto nodal del desarrollo*”,⁶ y a las *identificaciones múltiples*. Esto se vería favorecido por cambios sociales y culturales; para el niño, conquistar estas identificaciones múltiples allana el camino para recuperar “*espacios internos*”.

El problema central para Benjamín, social, cultural, político y también psicológico, es romper la *polaridad sexual* y para esto es necesario enfrentar la concepción edípica freudiana, ya que: “*Los tres pilares de la Teoría de Edipo- la primacía del deseo de unicidad, la fuerza regresiva de la madre y la necesidad de intervención del padre -crean la paradoja de que la única liberación es la dominación paterna*” (Benjamín, 1988,181) Deconstruir la “*ecuación edípica*” implica reconocer lo siguiente:

- la envidia y el miedo a las capacidades y al poder de la madre
- la denigración de la díada madre/bebé
- la renegación de las identificaciones femeninas y los deseos bisexuales
- la proyección de agresión sobre los otros
- la inversión de lo pasivo/activo que se efectúa al transferir el “poder” al padre
- el desplazamiento de la omnipotencia al padre edípico.

6 “*La idea de que en la fase edípica el niño renuncia a la prerrogativa del otro parece interpretar erróneamente la identidad genérica como un logro final, un sistema cohesivo y estable, y no como un ideal edípico inalcanzable, con el cual el sí-mismo lucha constantemente*” escribe en *Sujetos iguales, Objetos de amor*, 1997,99.

Romper la polaridad genérica, que en *The Bonds of Love* considera el principal “malestar” existente en la sociedad occidental actual, lleva a afianzar la idea de las “identificaciones múltiples” el rescate (en un grado de evolución o “etapa” posterior) de la *sobreinclusividad* preedípica e incluso el cuestionamiento a la misma idea actual de identidad genérica: “Si el sexo y el género tal como lo conocemos son atraídos hacia polos opuestos, estos polos no son la masculinidad y la feminidad. Más bien, el biformismo genérico en si solo representa un polo; el otro polo es el polimorfismo de todos los individuos” (Benjamín, 1997,109)

Alterar estar la polaridad de género es la tarea más urgente para Benjamín, y, en este afán es pertinente, teóricamente, apuntar a esta multiplicidad. Considero necesario, sin embargo, profundizar la idea de que la madre, lo femenino, es también un camino al mundo (vs. la idea del padre edípico que establece la ley, el orden, o que introduce al mundo simbólico). Esta me parece una idea fecunda, que merece más desarrollo. El marco conceptual que ha venido desarrollando Benjamín, que incorpora diversos elementos y no teme a las paradojas, las tensiones o contradicciones creo que seguirá aportando elementos importantes en su desarrollo, y el trabajo en torno a esta “multiplicidad” probablemente será uno de sus elementos preponderantes.

En *El Mensaje*, el tiempo de “búsqueda” de los jóvenes implica incertidumbre, angustia: “Híbridos-sin haber elegido todavía un modo personal de caminar, sin haber elegido una caligrafía definitiva, cada día copiaban los apuntes de clase con una letra diferente- se buscaban, disimulando torpemente la gravedad” (Lispector, 1994,144). La polaridad de género ofrece un supuesto “alivio” a tal desdicha. La vieja casa que encuentran en su camino les fascina y les horroriza, y los ubica en su lugar: “De cualquier temblor de tierra él salía hacia delante con un movimiento libre, con la misma orgullosa inconsecuencia que hace relinchar al caballo. Mientras que ella había salido pegada a la pared como una intrusa, madre ya casi de los dos hijos que tendría, con el cuerpo presintiendo la sumisión, el cuerpo sagrado e impuro que cargar”. (Lispector, 1994, 159)

A fin de cuentas, la vieja casa nos la topamos todos los días, y suele parecer tan robusta como influyente. ¿Podrá el lenguaje minar sus andamios, sus estructuras? ¿Podrá la teoría?

Bibliografía

- Appignanesi, L. Y Forrester. 1992. *J. Freud' s women*. New York: Basic Books.
- Benjamín, J. 1988. *The Bonds of Love, Psychoanalysis, feminism and the problem of domination*, New York: Pantheon Books, 26.
- Benjamín, J. 1988. *Sujetos iguales, objetos de amor*. Barcelona: GEDISA.
- Chodorow, N. 1984. *El Ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*, Barcelona: GEDISA, 269.
- Flax, J. 1995. *Psicoanálisis y feminismo, Pensamientos fragmentarios*. Valencia: Ediciones Cátedra.
- Freud, S. 1997. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Lispector, C. 1994. “El Mensaje” en *Felicidad Clandestina*. Barcelona: Mondadori, 143-161.
- Lyons, N. 1992. “Two perspectives: on self, relationships and morality” *Harvard Educational Review*, 53,2, 125-145.
- Scott, J. 1996. “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en Lamas, M. (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México: grupo Editorial Miguel Angel P. 265-302.
- Volvonich, J. y R. Rodulfo. 1997. “Variaciones para un prólogo posible” en Benjamín, J. *Sujetos iguales, objetos de amor*, 9-31.